

Manu Goswami entrevista a Kristin Ross

Comuna de París: rebelde, controvertida y actual

Kristin Ross (1953) es profesora de literatura comparada en la Universidad de Nueva York y especialista en literatura y cultura francesa de los siglos XIX y XX. La versión original de la entrevista fue publicada en inglés en la revista Jacobin. Esta traducción al castellano se basa en la traducción brasileña al portugués de Vila Vudu, adaptada a Portugal por esquerda.net

Kristin Ross: *Communal Luxury. The Political Imaginary of the Paris Commune*, Verso 2016

<https://www.versobooks.com/books/2253-communal-luxury>

https://www.akal.com/libro/lujo-comunal_35187/

En su libro *Communal Luxury: The Political Imaginary of the Paris Commune* [El lujo comunal: el imaginario político de la Comuna de París], Kristin Ross sugiere que esta rebelión anticipó puntos de vista contemporáneos sobre arte y ecología, y que las diferencias entre marxistas y anarquistas eran menores de lo que se piensa.

El 18 de marzo de 1871, artesanos y comunistas, obreros y anarquistas, tomaron la ciudad de París y establecieron la Comuna. Este experimento radical de autogobierno socialista duró 72 días, antes de ser aplastado por una brutal masacre que estableció la Tercera República Francesa. Pero socialistas, anarquistas y marxistas nunca dejaron de discutir el significado de esa acción.

Kristin Ross, en su nuevo libro, el potente *Communal Luxury: The Political Imaginary of the Paris Commune*, expone con la mayor claridad los debates acumulados sobre la Comuna, que, como ella misma dice, osificaron falsas polémicas: anarquismo versus marxismo, campesino versus obrero, terrorismo revolucionario jacobino versus anarcosindicalismo y así sucesivamente.

Ahora que la Guerra Fría ha terminado y el republicanismo francés está agotado, argumenta Ross, finalmente podemos librar a la Comuna de esta esclerosis. Esa emancipación puede, a su vez, revitalizar a la izquierda contemporánea para actuar y pensar sobre los desafíos de hoy. Ninguna obra específica de forma más completa lo que dijo Marx, para quien el mayor logro de la Comuna de París fue su "existencia real en ejercicio".

P.- Su libro reinterpreta la Comuna de París en nuestro tiempo. ¿Por qué ese movimiento es un recurso para pensar las exigencias del presente?

KR.- Me alegra que haya elegido "recurso" en lugar de "lección". La gente suele insistir en que el pasado nos daría lecciones o nos enseñaría qué errores evitar. La literatura sobre la Comuna está llena de corazoadas, de trabajos de ingeniería, de profetas del pasado, de gente que disfrutaban haciendo una lista de sus errores: oh, si los comuneros hubieran hecho esto o aquello, saqueado el dinero del banco, marchado sobre Versalles, hecho las paces con Versalles, si se hubieran organizado mejor, entonces sí, ¡habrían tenido éxito!

Para mí, este tipo de superioridad teórica post-facto es a la vez estúpida y profundamente ahistórica. Nuestro mundo no es el mundo de los comuneros. Cuanto antes comprendamos esa diferencia, tanto más fácil será percibir en qué aspectos su mundo, de hecho, está muy cerca del nuestro, más cerca quizás que del mundo de la generación de nuestros padres.

La forma en que vive la gente hoy en día, especialmente los más jóvenes, es muy similar a la inestabilidad económica que enfrentaron los trabajadores y artesanos del siglo XIX, quienes hicieron la Comuna. Muchos de ellos dedicaban más tiempo a buscar trabajo que a trabajar.

Desde 2011, con la reanudación prácticamente en todas los lugares de una estrategia política basada en la toma de espacios, en la ocupación de locales y territorios y en la conversión de ciudades enteras, desde Estambul a Madrid, de Montreal a Oakland, en teatros para operaciones estratégicas, la Comuna de París volvió a ser visible, como si fuese una nueva iluminación, y entró de nuevo en nuestro presente como parte de lo figurable.

Sus formas de invención política volvieron a ser viables para nosotros, no como lecciones sino como recursos, o como lo que Andrew Ross, comentando mi libro, llamó "un archivo utilizable". La Comuna se con-

virtió en imagen para una historia, y quizás para un futuro, diferente de los caminos que tomó la modernización capitalista y diferente también de los caminos que siguió el Estado socialista utilitario.

Es un proyecto que, creo, hoy comparte mucha gente, y el imaginario de la Comuna es central en este proyecto. Por eso, en el libro, traté de pensar en la Comuna, simultáneamente, como perteneciente a nuestro pasado y como una especie de apertura del campo de futuros posibles, en medio de nuestras luchas actuales.

P.- El lujo comunal fue el lema de la sección de artistas de la Comuna y da título a su libro. ¿Puede hablarnos de la génesis de esa expresión?

KR.- A diferencia de la "república universal", el "lujo comunal" no era una de las consignas retumbantes de la Comuna. Encontré la expresión en la última frase del manifiesto que artistas y artesanos elaboraron bajo la Comuna, cuando se auto-organizaron en una federación. Para mí se convirtió en una especie de prisma a través del cual refractar varios inventos e ideas clave de la Comuna de París.

El autor de la expresión, el artesano de artes decorativas Eugène Pottier, es más conocido hasta el día de hoy como autor de *La Internacional*, compuesta al final de la Semana Sangrienta, antes de que la sangre de las masacres se secase en las aceras. Lo que él y otros artistas querían decir con "lujo comunal" era algo así como un programa de acción para la "belleza pública": mejora de pueblos y ciudades, el derecho de todas las personas a vivir y trabajar en un entorno agradable.

Puede pensarse que se trata de una pequeña exigencia, incluso simplemente "decorativa". Pero, de hecho, implica no solo la completa reconfiguración de nuestra relación con el arte, sino también con el trabajo, con las relaciones sociales, con la naturaleza y con el entorno vivido. Significa una movilización total hacia las dos consignas de la Comuna: descentralización y participación. Implica arte y belleza despriva-

tizadas, plenamente integradas en la vida cotidiana, no escondidas en salones privados ni centradas en una monumentalidad nacionalista obscena.

Los comuneros demostraron con sus actos que los recursos y los logros estéticos de una sociedad ya no tomarían la forma de lo que William Morris llamó "esa pieza básica de tapicería napoleónica", la Columna Vendôme. En la pos-vida de la Comuna, en el trabajo de Elisée Reclus, Morris y otros, se muestra cómo la afirmación de que el arte y la belleza florecen en la vida cotidiana contenía las ideas clave de lo que ahora llamaríamos el deseo "ecológico" y que se puede percibir en la "noción crítica de belleza" de Morris, por ejemplo, o en la insistencia de Kropotkin en la importancia de la autosuficiencia regional.

En sus fronteras de alcance más especulativo, el "lujo comunal" implica un conjunto de criterios, de sistemas de valoración distintos a los que ofrece el mercado, para decidir qué valora una sociedad, qué considera precioso. La naturaleza no se valora como una reserva de recursos, sino como un fin en sí misma.

P.- Su libro extiende la vida de la Comuna a las obras de Kropotkin y el socialista británico William Morris, entre otros.

KR.- Es demasiado fácil dejarse llevar, en un trance de horror, por lo que Flaubert llamó la "goticidad" de la Comuna, expresión con la que espero que se refiriera a los horrores de la Semana Sangrienta, la masacre de miles de personas que condujo al final de la Comuna. De ninguna manera minimizo el significado de la masacre. De hecho, veo en ese asombroso intento, por parte del Estado, de exterminar uno a uno y masivamente a sus enemigos de clase, el acto fundacional de la Tercera República. Pero me he dedicado más a documentar lo que, para mí, sería la prolongación de la Comuna, la manera en que el pensamiento comunero continuó desarrollándose tras la Semana Sangrienta, con los sobrevivientes de la Comuna exiliados reuniéndose y trabajando juntos con partidarios como los

que mencionas, compañeros de viaje para quienes los acontecimientos de la Comuna habían alterado profundamente lo que Jacques Rancière llamaría "la distribución de lo sensible".

Describo cómo la onda expansiva producida por la Comuna y las consiguientes discusiones y prácticas de sociabilidad posteriores, junto a las que sobrevivieron a la Comuna, cambiaron los métodos de estos pensadores, los temas que analizaron, los materiales que seleccionaron, el panorama intelectual y político que trazaron para sí mismos... en resumen, su camino.

Estas ondas post-shock inmediatas son la continuación de la lucha, por otros medios. Son parte del exceso del evento y son tan absolutamente vitales para la lógica de cualquier evento como las acciones iniciales en las calles.

Quizás el mayor cambio pueda detectarse en la trayectoria de Marx después de la Comuna, un cambio que toma la forma paradójica tanto de un fortalecimiento de su teoría como de una ruptura con el concepto mismo de teoría. Para Marx, la Comuna mostró muy claramente que las masas no solo dan forma a la historia, sino que también, al darle forma, transforman el presente y también transforman la teoría misma. Esto, de hecho, es lo que Henri Lefebvre tenía en mente cuando hablaba de la "dialéctica de lo vivido y lo percibido". El pensamiento y la teoría de un movimiento solo se desencadenan con el movimiento y después del movimiento. Son las acciones las que crean sueños, no al revés.

P.- Piotr Kropotkin, Elisée Reclus y William Morris estaban, como usted argumenta en su libro, preocupados por movilizar las "energías de lo antiguo", asociadas con formas precapitalistas y no capitalistas, con el potencial radical de las prácticas emergentes.

KR.- No solo estos, sino también Marx se preocupó por la existencia, "anacrónica" en su propio tiempo, de formas y modos de vida precapitalistas.

El destino de las *obshchina*, esas formacio-

nes agrarias comunales rusas, que duraron siglos, fue un foco importante de las preocupaciones de los socialistas occidentales. El desafío teórico que tomó forma después de la Comuna giró en torno a la cuestión de una forma-comuna revitalizada: cómo pensar juntas (a) la asombrosa insurrección que tuvo lugar en una gran capital de Europa y (b) la persistencia de esas antiguas formas comunales en el campo.

Todos estos pensadores eran muy conscientes de lo que podríamos llamar "fisuras en el tiempo", momentos en los que la continuidad ininterrumpida de la modernidad capitalista parece romperse y abrirse como un huevo. Los historiadores, en general, temen al anacronismo como el mayor error posible. Tienden, por ejemplo, a minusvalorar el interés de Morris por la Islandia de su tiempo y por su pasado medieval, como si fuera una nostalgia obsesionada. De hecho, Morris fue capaz de ver formaciones precapitalistas y formas de vida como las que habían florecido en la Islandia medieval como algo pasado, parte de la historia, y, al mismo tiempo, como figurativas de un futuro posible.

Esto no es una señal de nostalgia, sino de un modo de pensar profundamente historizado. Sin esto, no tenemos manera de pensar en la posibilidad de cambio, ni de vivir el presente como algo contingente y sin un desenlace conocido.

